

POESÍA



Los amores de mi vida

Éramos dos desconocidos que nos convertimos en amigos. Sin saber que nos deparaba el destino, el sentimiento de amor surgió y, así, esta historia empezó.

Nos convertimos en un todo, a tal punto de no poder vivir el uno sin el otro; nuestro amor se fortaleció con la llegada de una muy hermosa bendición.

Esta bendición llegó a nuestras vidas, para llenarnos de felicidad y alegría, iluminando nuestro rostro con su mirada. Es nuestra hija el mejor regalo que nos dio la vida.

Para mi hija

Te amo con todo mi corazón, te amo con las fuerzas de todo mi ser, amo tu mirada tierna, amo tu cómico lenguaje, aunque no lo entienda, amo cada partecita de ti.

Eres el amor de mi vida, eres esa lucecita que ilumina mi vida, eres mi princesa, mi niña, mi bebe, eres la fuerza que me alienta y me motiva a no desistir. Doy gracias a Dios por permitirte llegar a mi vida, siempre estaré para amarte y apoyarte, seré tu madre, tu consejera, tu confidente, tu mejor amiga. Seré tu todo porque tú ya eres todo para mí.

Ansiedad

Los vidrios quebrados de la ventana me abrazan,
sobre todo, cuando el sol duerme llegan y me cortan
como un cuchillo que traspasa hasta los huesos de mi madre muerta,
reviviendo su olor a humo que trasciende de su chalina.
Chalina que durante mucho tiempo vistió sus brazos blancos y firmes,
esos que arrastraban el polvo y la ceniza del fogón.
Los vidrios quebrados de la ventana me abrazan,
me abrazan y, ¡ah! no quiero que me dejen de abrazar,
quiero que sus uñas me sigan desgarrando la espalda
porque en cada herida me nace una flor
y con cada flor formo un jardín.
Las abejas no llegan en busca de polen,
llegan a burlarse de mi silencio,
ellas zumban en mis oídos, me inyectan su veneno
y se toman toda mi miel.
A veces una palabra se me escapa de mis labios
y se transforma en lágrimas
que viajaban por mi rostro hasta llegar a mi pecho
y ahogan mi corazón.
Allí, la vida y la muerte todos los días hacen el amor,
en él hay colchones de clavos que pinchan sus pies
obligándolos a salir y a tomar personas diferentes.
Los vidrios quebrados de la ventana me abrazan,
y en ellos miro mi reflejo, mis ojos color de lluvia,
de mi nariz brotan mariposas color rojo
y de mi boca solo despliegan sombras blancas.

A través de los vidrios miro montañas rocosas
y cada piedra tiene lados filudos que cortan su alma.
Los vidrios quebrados de la ventana me abrazan
y sus brazos son como el sol que me protege de la oscuridad,
sus dedos son cadenas de hierro que no me sueltan
y sus uñas alambres oxidados que me cortan la piel.
Voy caminando a recoger los vidrios quebrados de la ventana,
levanto cada uno con mucho cuidado para no cortar mis dedos,
pues lo demás ya lo tengo cortado.
Ahora, los vidrios quebrados de la ventana ya no me abrazan,
yo los abrazo.

La planta maldita

Hace mucho tiempo atrás en la región de tumeiquer todo era paz
y la gente vivía en completa felicidad.
Hasta que de pronto todo cambió: fue una planta maldita
que trajeron a la región. Decían que era la
octava maravilla, y que a la gente de pobre iba a sacar y eso era verdad.
La gente se emocionó y muchos comenzaron a sembrar,
pues todos querían con la planta maldita experimentar.
¡Ay, Dios mío! Esto fue un desastre,
la gente se llenó de egoísmo y maldad.
Todos se sentían más importantes que los demás,
llegó el desorden social y con ello la violencia,
muerte y todo lo demás.
Mujeres viudas, los hijos huérfanos están,
madres que lloran desconsoladas
porque a sus hijos no pudieron enterrar.
Hoy hay mucha tristeza y gran desolación,
solo porque alguien trajo la planta maldita.
A nuestra región demos gracias
y a Dios por lo que podemos lograr,
bajémosle a la ambición y a todo lo demás.

Poema al *skateboarding*

Hermosos son los cantos que emanan de mis ruedas al rozar suavemente con el asfalto de concreto. Los oídos de los transeúntes se trasgreden cuando voy al sur, al norte, al este o al oeste, el crujir de las láminas cuando subo a mi tabla es una bella armonía sin terminar; equiparable a la obra incompleta de Schubert. Las olas de viento chocan con mi mejilla como cientos de autos que colisionan en la autopista, la lija toca mis zapatos y traspasa mis calcetas hasta llegar a mis pies, tal y como los rayos gamma que llegan del espacio sideral, incomparables, insensibles, omnipresentes. No son muy apreciables a simple vista, pero con el tiempo se van notando más y más. A veces rompes mi piel de manera indolente y los moretones en mis piernas son parecidos a marcas de guerra que puedo alardear frente a mis conocidos, las miradas penetran más que cualquier tipo de espada, pero en mi tabla pasan inadvertidas, las miradas que acusan, las que duelen, las que juzgan, no son nada comparadas con la mirada que me da mi tabla. La felicidad tiene muchos nombres, uno de ellos se compone de cuatro elementos: siete láminas extraídas del árbol de los frijoles de oro; dos bases de metal traído del mismo inframundo y forjado en la metalurgia con más años de experiencia en Escandinavia; cuatro ruedas de poliuretano lunar, traído en la expedición del Apolo 15; y, por último, ocho rodamientos muy rápidos, estos fueron robados y ocultados por Hood en el medioevo, y que hoy son parte de mí. Mi cargador diario es una sesión con mi tabla, la calle y la acerca se asemejan al cielo y mi tabla es un pedazo de nube donde no llueve nunca, el sudor siempre cae de mi cabeza y llega al suelo, como una lágrima de esfuerzo que será recompensada. No es el miedo al dolor, ni a las risas sino al dejar de sentir sobre mi piel esa brisa, el caer y no poder levantarme nunca más, no por voluntad, si no por azar, por una circunstancia fatal que me obligue a abandonar las ruedas, a andar. Pues el *skate* es mi pasión, es mi grito de libertad, es mi recinto sagrado donde solo pueden llegar los más ungidos por aquel amor a la adrenalina.